

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

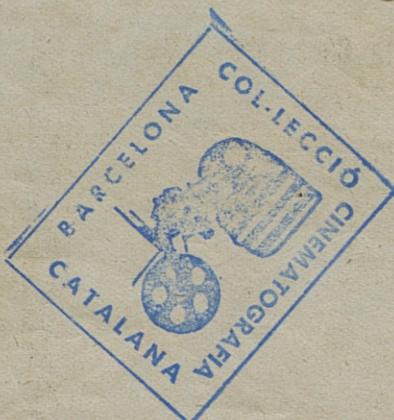


30^{cts}

RICHARD BARTELMESS
MARY ASTOR
EDICIONES BISTAGNE

SIN PATRIA

LLOYD, Frank



La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 164

The Lash, 1931

SIN PATRIA

Novela de amor y aventuras, interpretada por
RICHARD BARTHELMESS, MARY ASTOR,
FRED KOHLER, MARIAN NIXON, JAMES
RENNE, ROBERT EDESON, ERVILLE
ALDERSON, BÁRBARA BEDFORD,
ARTHUR STONE, etc.

Es una producción FRANK LLOYD

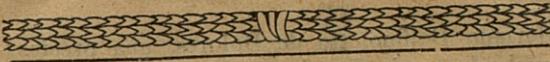
Exclusiva de
CINEMATOGRAFICA ALMIRA
Rosellón, BARCELONA

Postal-regalo: RICHARD TALMADGE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

CATALUNYA
BIBLIOTECA
GEN
GEN
GEN



SIN PATRIA

Prohibida la
reproducción

Argumento de la película

I

En 1846, cuando, después de cruel guerra, el estado de California pasó a poder de los Estados Unidos, continuaba la animadversión entre ambos pueblos, no obstante haberse firmado la paz, lo que daba lugar con inusitada frecuencia a dramáticos incidentes.

Tal era el estado de cosas cuando en el rancho de los Coyotes, uno de los principales de California, produjo gran alegría la noticia del arribo de Francisco Delfino.

El rancho de los Coyotes pertenecía a don

Mariano Delfino, tío de Dolores, una preciosa muchacha en la flor de la vida que vivía en el rancho y profesaba a don Mariano un cariño de hija.

Dolores y Francisco eran hermanos.

Este regresaba al rancho de su tío después de haber permanecido ausente durante toda la campaña.

—¡Mañana llega Francisco, tío! —gritaba Dolores a cada momento con el único fin de dar suelta a su alegría.

—¡Tiere tantas ganas de abrazarte que ha adelantado el viaje una semana!

—¿Crees que le gustará vivir aquí?

—Temo que le affijan los cambios que ha sufrido nuestra hacienda. Pero, seguramente, le servirá de consuelo el estar con nosotros.

Al día siguiente, a la hora anunciada llegaron al rancho Francisco y su inseparable Juan, un fiel criado, de edad un tanto avanzada, que le había acompañado en su gran aventura de guerra.

El recibimiento que se le dispensó fué apoteósico.

Una real y profunda alegría cundió en el rancho. Don Mariano se conmovió visiblemente al estrechar entre sus brazos a aquel sobrino del que estaba orgulloso. En cuanto a Dolores, su alegría fué aún más intensa que la experimentada por su tío.

Sentía una adoración admirativa por aquel hermano mayor que había hecho con ella las veces de padre.

Correspondiendo estaba Francisco a tantas pruebas de afecto cuando se dió cuenta de que Juan permanecía olvidado en un rincón.

—Vete a ver a tu mujer, Juan —le dijo.

Y Juan se fué más contento que unas pascuas.

Su única ilusión al volver a California era aquella esposa joven y guapa, de la que se había separado por acompañar a Francisco Delfino.

Se bebió y se brindó para celebrar la feliz llegada del heredero.

—Creo que debíamos celebrar una fiesta, tío —insinuó Dolores.

—No es mala idea.

Y volviéndose al jefe de personal ordenó:

—Avisa a todos los hombres para que asistan a la fiesta mañana por la noche. Y vosotros ya lo sabéis: estás invitados.

Había dicho esto último dirigiéndose a todos los que habían acudido a recibir a Francisco.

La noticia fué acogida con unánime entusiasmo y todos los empleados del rancho comenzaron a desfilar.

—¿Vendrán señoritas a la fiesta? —preguntó entonces Francisco.

—¡Ya lo creo! —exclamó Dolores.

—¿Vendrá también tu novio?

—Yo no tengo novio —repuso la joven ruborizándose.

—Eso sí que no me lo explico. O los muchachos están ciegos o tú eres muy exigente.

—Puede que sea algo de las dos cosas—contestó el tío por ella.

Francisco preguntó:

—¿Está mi cuarto donde siempre?

—Sí. Y está limpio y arreglado.

—Por lo visto eres una perfecta amita de casa.

—¡No lo sabes tú bien! — exclamó don Mariano.

Y Dolores condujo a su hermano a su habitación.

* * *

Entretanto, Juan había llegado a la casa de vecindad donde vivía su esposa.

Pero no la encontró a ella y sí a unas vecinas, entre las cuales estaba Concha, una opulenta matrona que debía andar rondando los ciento diez kilos.

—¿Dónde está mi mujer, Concha? —le preguntó.

Concha le miraba con una especie de angustiosa sorpresa.

Por fin balbuceó:

—Juan, estoy segura de que la noticia no ha de gustarte mucho...

—¿Acaso ha muerto?

—No, Juan. Vive.

—Entonces...

—Ya sabes que ella es joven y guapa... Tú has estado cuatro años ausente y...

No necesitó decir más. Juan había comprendido.

dido. Bajó la cabeza con un gesto de infinito dolor y se alejó paso a paso.

Y en su pensamiento se repetían estas palabras como el tic tac de un reloj:

“Se ha ido con otro, se ha ido con otro...”

II

La fiesta dada en honor de Francisco revistió la mayor solemnidad.

Don Mariano, recordando que su sobrino le había hablado de las invitadas bonitas, le dijo:

—Ven Francisco, voy a presentarte a una joven que estoy seguro ha de gustarte.

Pero no tuvo el tío que pronunciar su nombre. Apenas se encontró Francisco ante la encantadora invitada, reconoció sus ojos profundos y su sonrisa inimitable.

—¡Rosita García! —exclamó.

—¿La conocías?

—Ya lo creo. Estas caras no suelen olvidarse.

Ella sonrió halagada al mismo tiempo que tendía la mano a Francisco.

—Yo también le recuerdo a usted.

—Entonces —dijo don Mariano—, yo no pinto nada aquí.

Y se marchó dejando solos a su sobrino y a su invitada.

La fiesta estaba en todo su apogeo cuando el juez Travers llegó al rancho.

Un criado fué a anunciar a don Mariano que el juez deseaba hablar con él y don Mariano ordenó al mismo servidor:

—Dile a don Francisco que venga a mi despacho.

En esta pieza de la casa recibió don Mariano al juez.

Francisco estaba ya muy amartelado con la bella invitada cuando el criado fué a llevarle el aviso de su tío.

—Es una contrariedad—dijo Francisco galantemente—, pero he de privarme unos momentos de verla.

Y la señorita García vió cómo aquella arrogante figura varonil se perdía entre la masa de invitados.

Cuando llegó al despacho, don Mariano le presentó al juez Travers.

—¿Cómo le prueba la nueva nacionalidad? —preguntó éste a Francisco con un tonillo impertinente.

—¡Estoy en mi patria!—repuso el joven con firmeza.

Don Mariano intervino conciliador:

—Mi sobrino es muy franco, señor juez. El se encargará del rancho desde mañana.

—Lo celebro — repuso Travers secamente—. Porque he de decir al nuevo administrador y director de este rancho que una mujer ha venido a exponerme una denuncia contra su criado Juan.

A Francisco, que ya estaba enterado de la acción de la esposa de Juan y que conocía el carácter de ésta, no le extrañó la noticia. Lo que le extrañó fué que la malvada tuviera el cinismo de denunciarle.

—Le han informado mal, señor juez—repuso Francisco—. La culpable es ella.

—Si ella es culpable de algo debían haber hecho contra esa mujer la correspondiente denuncia. Y como nadie la ha denunciado, la culpa recaerá sobre su servidor.

—¡Eso es intolerable!

—¡Cuidado con las palabras, joven! Yo represento a la ley de los Estados Unidos.

—No estoy dispuesto a que humillen conleyes extranjeras—replicó Francisco cada vez más excitado.

—¡Es usted un ciudadano americano! California pertenece a los Estados Unidos.

—Eso es sólo aparente. En el fondo de su corazón, todo súbdito de California sigue siendo exclusivamente californiano.

Don Mariano se esforzaba por contrarrestar el efecto de las palabras de su sobrino, carácter impetuoso que no se doblegaba ante nada ni ante nadie.

—Pase usted por mi despacho de Los Angeles mañana mismo—dijo el juez.

—Me es imposible—repuso Francisco de modo terminante.

—Es que mi sobrino tiene que entregar mañana una partida de ganado—aclaró don Mariano.

—Pues es preciso que lo vea cuanto antes.

—No tiene usted para qué verme a mí. Ni yo para qué verle a usted.

—Procederé contra usted—dijo el juez amenazadoramente.

—Lo que ha de hacer es marcharse cuanto antes de esta casa. Y conste que no se lo digo de otro modo, porque respeto que en este momento es usted huésped de mi tío.

Cuando se marchó el juez Travers, Francisco quedó profundamente pensativo. Ante él acababa de surgir una triste realidad, la realidad del estado de humillación en que se hallaban los californianos.

¿Podría él soportar aquella situación?

No. Su carácter se rebelaba. Su corazón de californiano se estremecía de cólera.

Era preciso tomar una determinación.

III

Todo estaba listo para que Francisco y sus hombres se dirigieran a la ciudad de Spanish Gulch conduciendo el ganado que tenían que entregar.

Por lo único que el viaje le desagradaba era por tener que separarse nuevamente de su hermana y de su tío, y también de Rosita García, la mujer que tan profundamente le había impresionado.

Cuando se despidió de ella, advirtió que los ojos de Rosita se empañaban ligeramente. Era que el amor apuntaba en ellos.

—¿Se va usted tan pronto? Me habían dicho que ahora se quedaría para siempre—exclamó ella con amargura.

—He de ir al Norte a hacer una entrega de ganado.

—¿Volverá usted?

—Cuanto antes y por usted.

—¿Tendré noticias de usted durante el viaje?

—Se lo prometo.

—Gracias.

—Soy yo el que ha de darle las gracias, Rosita, yo que he visto gracias a usted un mundo nuevo. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Sí, comprendo—repuso Rosita muy emocionada.

Y con un largo y apasionado beso dieron fin al diálogo.

También fué conmovedora la despedida entre Francisco y Dolores.

Ella sospechaba que en el alma de su hermano había aparecido, al mismo tiempo que la luz del amor, una sombra de amargura.

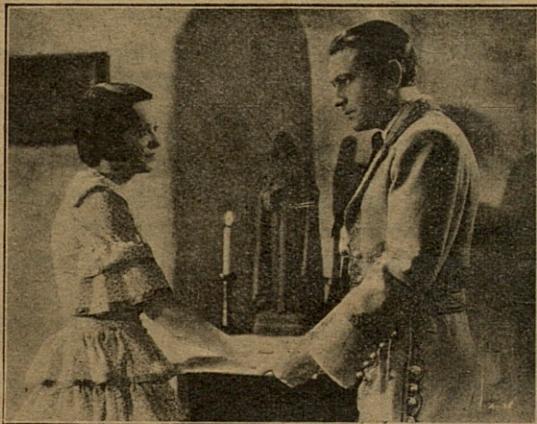
Una gran masa de reses los esperaba en la llanura. Francisco reunió a sus hombres, todos expertos caballistas, y los distribuyó a ambos lados del ganado, colocándose él a la cabeza de una fila y Juan a la otra.

Los vaqueros azuzaron a las reses y éstas em-

prendieron la carrera, formando una compacta columna.

Francisco tenía aquella expresión que veló su rostro la noche anterior, durante su diálogo con el juez Travers.

También en el semblante de Juan había dejado huellas el dolor de su profundo desengaño.



—También fué conmovedora la despedida entre Francisco y Dolores.

Cuando después de varios días de viaje llevaron a las cercanías de Spanish Gulch, Francisco dejó el ganado en los alrededores de la ciudad, al cuidado de varios de sus hombres.

—Tú y yo, Juan, vamos a la población a arreglar el asunto de la entrega—dijo Francisco.

Y así lo hicieron.

Lo primero que les llamó la atención al entrar en la ciudad fué un cartel en el que se leía lo siguiente:

“Se advierte a todos los extranjeros que tienen el plazo de tres días para abandonar la población.

Peter Harkness (Jefe de la comisión de Terrenos).”

—¡Vaya un recibimiento hospitalario!—exclamó Juan irónicamente.

Preguntaron por Harkness, pues él era el comprador del ganado, y les contestaron:

—Hoy es fiesta y el señor Harkness no está en su casa.

—Necesitamos verlo.

—Vayan por el pueblo y acaso se encuentren con él.

Pero lo que Francisco y Juan encontraron fué una taberna con pretensiones de cabaret que fué una tentación para sus fauces ressecas.

Entraron, bebieron unas copas. De pronto vió Federico que unos bellos ojos le miraban.

Aquellos ojos pertenecían a Lupe, la animadora del establecimiento, muchacha tan linda que llevaba de cabeza al propio Harkness, el cual no lograba despertar su sumisión, a pesar de todo su poder y de todo su dinero.

Francisco hizo a Juan un guiño significativo y fué al encuentro de la joven.

Estuvo bebiendo con ella y también con ella

se acercó a la mesa de juego para perder unos dólares.

Lupe estaba subyugaba por la apostura de Francisco, y cuando mayores muestras de mutuo agrado daba la pareja, apareció Harkness, bebiendo y seguido de un séquito de secuaces.

Al ver a la muchacha en brazos de Francis-



... se acercó a la mesa de juego para perder unos dólares.

co, un relámpago de cólera pasó por sus ojos y gritó:

—¡Lupe, tus bebidas sólo las pago yo!

Francisco consultó a Lupe con la mirada y al advertir en ella un gesto de desdén hacia el recién llegado, contestó:

—La señorita bebe con quien le viene en gana, y como quiere beber conmigo, sus bebidas las pago yo.

Harkness sonrió siniestramente.

—Voy a enseñar a los extranjeros a respetar mi autoridad—dijo.

Y se abalanzó sobre el forastero.

Pero Francisco, ágil y atlético, le recibió con un precioso golpe en la barbilla que dió con el cacique en el suelo.

Inmediatamente, varios hombres de Harkness se abalanzaron sobre el vencedor y lo sujetaron fuertemente.

Por unos momentos, Francisco logró defendese de la avalancha humana, pero eran tantos que al fin hubo de rendirse a aquella superioridad de fuerzas.

Harkness se había levantado del suelo babeando de rabia.

—¡Atadlo al poste!—rugió.

Y Francisco fué conducido a la puerta de la taberna y fuertemente atado a un poste que allí había.

La multitud, entre amedrentada y curiosa, había formado un compacío corro alrededor de la víctima.

Harkness se quitó el cinturón sin dejar de mirar a Francisco amenazadoramente.

IV

Una y otra vez, su cinturón cruzó el rostro de Francisco. Comenzó a saltar la sangre. La víctima soportaba los terribles golpes sin hacer el menor movimiento, sin pestañear siquiera, pero en el fondo de su ánimo se debía de estar desencadenando una tempestad.

De pronto apareció un joven alto, arrogante, que dijo con voz autoritaria:

—¡Alto, Harkness! ¿Qué pasa?

—No te metas, Howard. Es un asunto mío.

—Eres tú el que no debes tomarte la justicia por tus manos. Soy el sheriff.

Y dirigía a Harkness una mirada enérgica, ante la que el cacique tuvo que someterse.

Entonces el sheriff comenzó a interrogar a los que habían presenciado el hecho y el resultado fué el que se esperaba: era Harkness el que había iniciado la contienda.

Dió orden de que dejaran en libertad al forastero y recomendó a Harkness que no volviera a ponerse enfrente de la ley.

Entró nuevamente Francisco en la taberna para lavarse las heridas y allí se encontró con la mirada de admiración de Lupe.

—¡Llévame contigo! —suplicó ésta.

—No he venido en busca de aventuras, sino simplemente a hacer una entrega de ganado.

Y, como Harkness había entrado también en la taberna, Francisco añadió dirigiéndose a él:

—Es usted al que he de entregar el ganado que compró en Los Coyotes.

Cambió radicalmente la actitud del cacique.

—¿Por qué no lo dijo usted? —exclamó.

—¿Acaso hemos tenido tiempo de hablar de negocios?

—¿Me entregarás usted el ganado a pesar de lo ocurrido?

—Desde luego. Cuando un Delfino promete una cosa, la cumple. El contrato dice que se le entregará a usted el ganado hoy, a la puesta del sol. Pues bien, a esa hora lo tendrá.

* * *

A la puesta del sol, Francisco dió a sus hombres determinadas instrucciones y el ganado fué empujado en avalancha sobre la ciudad.

Los millares de reses entraron en el pueblo en aluvión, destrozando todo cuanto hallaban al paso y haciendo huir despavorida a la gente.

Como ya se habían encendido algunas luces, al caer éstas se originó un gran incendio que envolvió en llamas gran parte de la ciudad.

Cuando la avalancha había pasado, Francisco y Juan llegaron al margen de la ciudad.

—Tú eres testigo de que he cumplido la palabra de mi tío, entregando el ganado —dijo el joven.

—En efecto —repuso Juan—. Pero la entre-

ga no habrá dejado muy satisfecho a ese demonio de Harkness y se vengará de usted.

—Lo veremos.

Momentos después, Francisco, con las debidas precauciones, se deslizaba en la casa de Harkness que comenzaba a ser devorada por el incendio. El cacique acababa de entrar para recoger su dinero de la caja de caudales, y estaba amontonando billetes cuando sintió en su espalda el contacto inconfundible del cañón de un revólver.

Levantó las manos instintivamente y se volvió. Empalideció al ver a Francisco.

—¿A qué has venido? —preguntó el cacique.

—A cobrar el ganado.

—¿A robarme?

—No. A cobrarle. Todo el pueblo es testigo de que le he entregado el ganado. Bien he de cobrar.

Y quitó de la mano de Harkness un fajo de billetes.

Contó hasta completar la cifra de pago convenida, se guardó el dinero y se marchó, sin dejar de apuntar a Harkness con su revólver.

—Me las pagarás —dijo éste.

—Tú ya has pagado —repuso Francisco.

Saltó ágilmente a su caballo y emprendió veloz carrera para reunirse con Juan, que le estaba esperando.

Al galope tendido de su caballo, Francisco regresó al rancho de los Coyotes.

Era de noche. Entró sigilosamente. Depositó el dinero sobre la mesa del comedor y con él un

papel en el que se despedía de su familia, alegando que razones muy poderosas le obligaban a marchar.

Ya iba a salir cuando oyó pasos. Se volvió y se encontró con Rosita, que vivía en el rancho para hacer compañía a Dolores. Estaba en su habitación leyendo y, al oír pasos, había bajado.

—¡Francisco! —exclamó al reconocerle.

El se llevó un dedo a los labios.

—Silencio.

Ella le miró con extrañeza.

—¿Qué pasa, Francisco? —preguntó en voz baja.

—Que he de marcharme.

—¿Adónde?

—No sé. Lejos de aquí. Nadie debe saber adónde voy.

—¿Por qué? —inquirió Rosita con inquietud.

—Los que dominan hoy en mi patria me obligan a vivir fuera de la ley.

—Ten calma. Comprende que...

—No, Rosita. He de luchar con los que me han azotado cobardemente.

—¿Volverás?

—Sí. Volveré por ti algún día. No puedo llevarte conmigo, pero estarás siempre en mi corazón.

Y desapareció después de estrechar a Rosita, a su amada, entre sus brazos.

V

“Se entregarán cinco mil dólares de recompensa al que capture muerto o vivo al bandido “El Puma”.

Este cartel se leía en todas las fachadas de la naciente ciudad de Los Angeles.

“El Puma” era un intrépido salteador que, al frente de una nutrida banda, no dejaba pasar una diligencia por la carretera que conducía a Los Angeles sin desvalijar a los viajeros y darles el consiguiente susto.

¿Quién era “El Puma”? Nadie lo sabía. El apenas se dejaba ver en los asaltos. Eran sus hombres los que llevaban a cabo los ataques.

Y Francisco Delfino, que no era otro “El Puma”, reía de buena gana al ver el pánico que sembraba entre sus opresores.

Vivía en lo más intrincado del bosque. Juan era su segundo, y la banda estaba formada, no por bandidos, sino por patriotas que se rebelaban contra la dominación de los opresores y combatían aquellas odiadas leyes exponiendo su vida.

Antes de que llegara la comisión de terrenos, su presidente, Harkness, se puso en combinación con el juez para apoderarse de todos los que estuvieran hipotecados.

Pero su codicia se dirigía especialmente sobre el rancho de Los Coyotes, de cuyos dueños deseaba vengarse.

Cuando llegó la comisión a Spanish Gulch ya se había apropiado de grandes extensiones de tierra por los más innobles procedimientos, pero a Los Coyotes no logró extender su rapacería.

Acompañó a la comisión en su viaje a Los Angeles. Pero antes de que pudieran llegar, ocurrió algo sumamente desagradable.

La banda de “El Puma” detuvo la diligencia y obligó a bajar a todos los viajeros.

Harkness se quedó estupefacto al reconocer a Francisco Delfino en el jefe de los asaltantes.

Francisco se echó a reír de buena gana.

—¡No esperaba tener encuentro tan agradable!—exclamó irónicamente.

Y volviéndose a Juan añadió:

—Mucho cuidado con éste. Es el primero que tenéis que desvalijar.

En el acto se cumplieron sus órdenes.

Los viajeros fueron despojados de todo lo que llevaban encima y obligados a continuar su camino a pie, porque Francisco se llevó la diligencia. En ella se instalaron algunos de sus hombres. Los demás la seguían a caballo.

Al galope tendido de sus caballos irrumpieron todos en la ciudad de Los Angeles, sembrando el pánico con sus revólveres.

Se adueñaron de la población rápidamente y Francisco quiso poner a su hazaña un digno remate invitando a beber a todos los hombres de la banda.

Para ello irrumpió en uno de los principales establecimientos de bebidas y comenzó por hacer entregar las armas a todo el personal y a toda la clientela.

Después obligó a uno de los mozos a servir a todos sus hombres lo que pidiesen y por fin hizo vaciar la caja y se marchó, seguido de su gente.

Horas después, fatigados y sucios de polvo, llegaban a Los Angeles los que formaban la comisión de terrenos.

* * *

Entretanto, el azar había urdido una de sus tramas sorprendentes.

Howard, el joven y arrogante sheriff que había mandado poner en libertad a Francisco cuando Harkness le azotaba, había tenido que visitar varias veces el rancho de Los Coyotes por razones de su cargo y se había enamorado de Dolores.

Ella le correspondió y cuando vino a darse cuenta, se vió entre las mallas de un doloroso conflicto. Sabía, como don Mariano y Rosita, que "El Puma" no era otro que Francisco. Las descripciones que hacían del asaltante las personas que lo habían visto coincidían exactamente con las del heredero del rancho.

¿Podría Dolores casarse con un representan-

te de la ley teniendo un hermano que la burlaba diariamente?

Esta preocupación le robó el sueño muchas noches y su inquietud, así como la de Rosita y don Mariano, aumentó desde que en el pueblo se comenzó a rumorear que "El Puma" era Francisco Delfino.

VI

En la terraza de Los Coyotes charlaban Howard y Dolores.

Aunque se amaban y los dos se sabían correspondidos no habían afrontado nunca una declaración concreta sobre aquel sentimiento que los unía inseparablemente.

Sin embargo, ahora Howard estaba decidido a abrir a Dolores su corazón.

Y aprovechando la primera oportunidad, declaró:

—Dolores, usted sabe que la amo.

Ella no pudo disimular un ligero estremecimiento.

—No hablemos de eso, amigo Howard.

—¿Cómo no hablar de lo que más me interesa en la vida? ¿Acaso no me considera usted digno de obtener su amor?

Ella sonrió amargamente.

—Usted sabe que también yo le amo.

—¿Entonces?

—Pero hay algo que se levanta entre usted y yo como una barrera.

—¿“El Puma”?

Dolores, densamente pálida, miró a Howard.

—¿Por qué dice eso?

—Porque se murmura—repuso francamente el sheriff—que “El Puma” es su hermano Francisco.

—Sin embargo—dijo Dolores sin convicción, —usted ha oído decir más de una vez a mi tío que mi hermano está en Méjico.

—Sin embargo, y por si acaso no fuera eso verdad he de advertirle, Dolores, que yo sé lo que usted vale y que no habrá nada, *absolutamente nada*, que apague este amor que es la luz de mi vida.

Otra vez tembló Dolores, pero esta vez de emoción, de una emoción dulcísima que irrumpió en su corazón como una oleada de felicidad.

Y sin retirar las manos de la dulce presión de los dedos de Howard, repuso:

—Por ahora debe bastarte saber que te amo. Ten paciencia y esperanza como las tengo yo.

Harkness estaba desesperado.

El rancho de “Los Coyotes” ofrecía serios inconvenientes a su rapacería. Don Mariano poseía

un título de propiedad en toda regla y era imposible apoderarse de la hacienda.

Fué a consultar al juez y éste declaró:

—Si poseyéramos el título de propiedad, el rancho sería nuestro.

—Entonces tendremos el título de propiedad —afirmó Harkness—. Esta misma noche...

—No quiero saber nada, Harkness. Un juez no puede conocer ciertas cosas.

—Perfectamente. Me basta con saber que usted me ayudará

—Eso desde luego.

Al mismo tiempo, uno de sus hombres explicaba a Francisco cómo había cumplido cierto encargo que éste le encomendó.

—Llevé el dinero al rancho, jefe.

—¿Y qué?

—Que, como siempre, me preguntaron por su procedencia.

—¿Y qué dijiste?

—Que no podía decir nada.

—Sospechan?

—Están seguros de que usted es “El Puma” y el que les manda el dinero. Por cierto que la señorita García se muestra irreducible. Me ha dicho que esta noche le espera en los alrededores del rancho, y que si no va usted a verla, vendrá ella a buscarle.

—No tendré más remedio que ir.

Y aquella noche, Francisco y Rosita se encontraron en las inmediaciones del rancho.

Fué una entrevista emocionante. Ella le suplicaba que abandonara aquella vida y volviera al camino de la ley.

—Esa ley no es la nuestra, Rosita—replicaba Francisco—. Es una ley impuesta por extranjeros tiránicos. Cuando cambie esta situación humillante, cambiaré yo.

Francisco emprendió el regreso después de ha-



Al entrar, un doloroso cuadro se presentó a sus ojos.

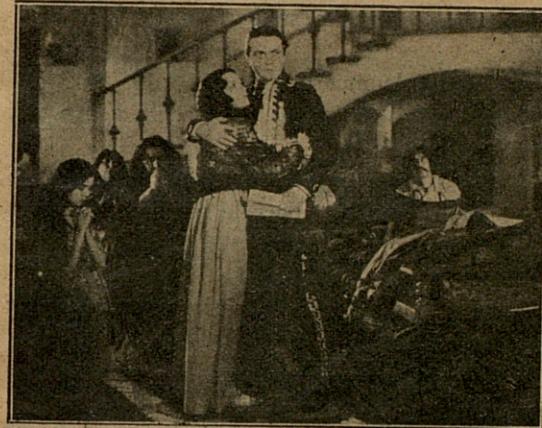
ber prometido a Rosita que iría a buscarla, y cuando sólo se había alejado unos centenares de metros, oyó un disparo en Los Coyotes.

Lleno de inquietud y sin preocuparse de que le vieran, se dirigió al rancho.

Al entrar, un doloroso cuadro se presentó a sus ojos.

Su tío estaba tendido en un sofá y tenía el pecho ensangrentado.

—¿Quién ha sido?—preguntó el heredero con voz truncada por el dolor y arrodillándose junto al sofá.



Francisco abrazó a su hermana...

Don Mariano salió de su postración al oír la voz de su sobrino.

—¡Francisco! ¿Eres tú? Creí que me moriría sin verte.

—¿Quién ha sido?—insistió el heredero.

—Harkness. Lo he sorprendido cuando intentaba robar el título de propiedad del rancho.

No lo ha conseguido y, furioso, ha disparado contra mí.

Sacó del pecho el documento y se lo entregó a Francisco.

—Llévaselo al sheriff. Ama a Dolores. En sus manos estará seguro.

Y don Mariano murió.

Francisco abrazó a su hermana y le prometió:

—Vengaré la muerte de nuestro tío.

Su caballo le condujo velozmente a Spanish Gulch.

Visitó al sheriff para entregarle el título de propiedad, y tuvo que hacerlo revólver en mano, porque sabía que Howard estaba obligado a defenderse.

Antes de marcharse, y siempre apuntándole con el revólver, le dijo:

—Apruebo su boda con mi hermana. Es usted digno de ella. Pero haga el favor de no moverse. Sería horrible que tuviera que disparar contra el que va a ser mi hermano.

Y huyó con su veloz caballo.

Se reunió con Juan y le ordenó:

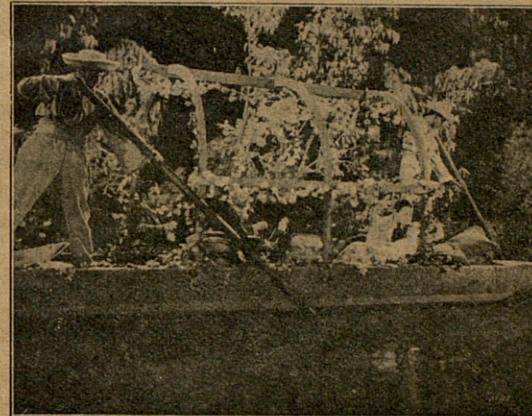
—Dile a la señorita García que me espere en Ensenada. Despues espérame en la frontera, en el paso de la muerte con un caballo. Lo demás es cuenta mía.

Y volvió al pueblo para buscar a Harkness. Despues de buscarle durante dos horas, lo en-

contró en la taberna del pueblo. Lo llamó para darle tiempo a que se defendiera y disparó su revólver contra él.

Harkness se desplomó sin vida. A lomos de su veloz caballo, Francisco cruzó como un rayo los caminos de California, sumidos en la sombra de la noche.

Cuando llegó a la frontera, perseguido por la



... y pasearon su felicidad en una barca adornada de flores.

gente del sheriff, encontró a Juan que le esperaba con un caballo fresco. Saló a éste del suyo, el cual estaba ya rendido de fatiga, y siguió aquella carrera salvadora despues de despedirse de Juan.

En Ensenada se encontró con Rosita.

Allí mismo se casaron y pasearon su felicidad en una barca adornada con flores.

Y sólo entonces volvió Francisco a los cauces de la ley.

Se instalaron en Méjico y allí supieron que también Dolores vivía dichosa en unión de su esposo, el sheriff Howard.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarrios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica, con éxito sin precedentes:

La novia de Escocia

por Marta Eggerth, Leo Slezac, etc.

Besos al pasar

por Norma Shearer, Robert Montgomery

El mayor amor

por Dickie Moore, Betty Graam, etc.

El expreso fantasma

por William Collier Jr., Sally Blane, etc.

Al despertar

por Ramón Novarro, Helen Chandler, etc.

El robo de la Monna Lisa

(LA GIOCONDA)

por Willy Forst, Trude von Molo, etc.

— y —

La edad de amar

Billie Dove, Charles Starrett, Lois Wilson, Mary Duncan, etc.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS
: TÍTULOS Y PÍDALOS :

8.19-26/8

Ediciones Especiales

Novelación de las me-
jores películas de las
mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Éxitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de
films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 80 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan
a los muchachos y a
los amantes de argu-
mentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Paz, 10 bis

Teléfono 18581 - BARCELONA
